



BESTIARIO

Estos poemas quizá no sean los mejores, pero me gustan. Se agrupan entre sí conformando un pequeño bestiario en el que, como no, aparece el factor humano en su inicio, en su final y en algún guiño colateral. Me he permitido romper al final con otro ser vivo ajeno al mundo animal pero que constituye un regalo, un epitafio y un cierre.

EDIMBURGO

Auld Lang Syne
Por los viejos tiempos
Según poema de Robert Burns,

Seán Ó Riada. The Chieftains.

Tintineaban las baquetas improvisadas,
cucharas de madera sobre el mostrador.
Las faldas se enganchaban a las gaitas
en cuadros rojos y verdes,
con solapas de amapola
se aligeraban en olas las piernas.
Voces desnudas unían melodías
en un mismo himno sonoro...
Cervezas y teclas corrían
entre cuerdas vocales, al unísono.
Pasión, beso, abrazo...
abrazo en el que nadie conoce a nadie
pero en el que la armonía
borraba con su canto diferencias.
¡Para que más si es el todo!

El juez rechinaba en su tumba
molesto ante tanta energía.
“¡Si pudiera los volvería a encerrar
tras la tapia de un cementerio!”.
Bramó, sin sonido y sin lengua.
La Royal Oak era ya una danza,
una canción multisonante a capela.
Hasta los ladrones de cadáveres
bailaban en sus tumbas.

Fuera, la Royal Mile
transcurría del palacio al castillo,
como siempre lo había hecho.
Con la lluvia y la humedad
chorreaba mimos por las calles,
engatusando leyendas y fantasmas.
Escoceses enclaustrados en “Closes”
lloraban pulgas, ratas,
pestes de otros tiempos,
junto a médicos de cuero,
en gigantesca mascarada,
con las narices de la muerte:
hedor del alma.
Brujas albinas de pelo rojo,
culpables por ser diferentes
lloraban en verde.
Y yo con las alas plegadas,
en el viejo observatorio
observaba otra máscara...
un negativo de Newton,
con una lágrima.

LIRAS A LAS ABEJAS

Pequeña diosa ámbar,
tu pureza eclosiona geometrías,
con pétalos de calma,
tus alas nunca frías,
rescatan primavera entre las mías.

Diosa de lo más puro,
adoras los hedores y perfumes.
Olor del néctar sumo,
en ti no hay pesadumbre,
sólo la llana flor que en ti resumes.

Susurro de tus alas...
transportan mis sentidos a la brisa.
Huelo el rumor que mana
de tu boca sin prisa,
Sol, espliego, aliento de Artemisa.

Encerrada en tu sexo,
engendras mil enjambres de aire libre.
Margaritas en eco,
polen, simiente virgen,
que riegas de color al viento humilde

Sueñas brezo y lavanda.
Al amargo tomillo tornas dulce,
y con tus besos lanzas
ambrosías de azules,
enamorando al tojo con tus luces.

Elevándote al cielo,
sacerdotisa alada de Deméter,
besas un mundo ciego,
riegas la vida inerte,
batiendo con tus alas a poniente.

A UN BACILO VACILANTE

Bacilo triste, en la charca vacilas:

¿Beber las aguas del charco caliente?

¿Bacinilla hueca de olor maloliente?

¿Barrera agusanada que vigilas?

Bandido pequeñito que no fías.

Barracuda que muerde con tormentos.

Bastardo ser, nos das padecimientos.

Bacanales de fiebres a porfía.

Burlando la salud eres burlado.

Bisolfren y Bactril ya van blandiendo.

Batiendo, tu ADN es chamuscado.

Bucanero del mal hoy pereciendo.

Bacilo que Pasteur ha desangrado.

Burriciego de vida estás yaciendo.

A BUHOS Y LECHUZAS

Ellos guían el carro de la noche.
Pensamiento que huye hacia lo oscuro.
El ánimo confuso se ensombrece
en la vigilia terca de un nocturno.

Con pupilas naranjas desafías,
recto el vuelo la luz de las estrellas.
Penumbra melancólica y sombría
que araña la cabeza de un poeta.

Su voz llora doliente los gemidos.
Es hijo de un Saturno que estremece,
entre las garras de sus ojos vivos
que anuncian los augurios de una muerte.

Eterno penitente de ojos fijos
cegado por la luz del mediodía,
esperando paciente y silencioso
el alma ensombrecida por la vida.

EL LOBO

Aullaban hombres ciegos en el páramo.
Nuestra sangre lloraba el horizonte
mojando dolor bajo un crepúsculo.
Se vertió el lubricán hacia poniente...
los dientes desgañitaron los gritos:
los mordiscos en gotas de las muertes.

De los ojos quedaba solo un hueco
que miraba insistente hacia la luna:
No habrá más sol, ni música, ni pájaro.
(Llora el hombre ya roto por su herida)

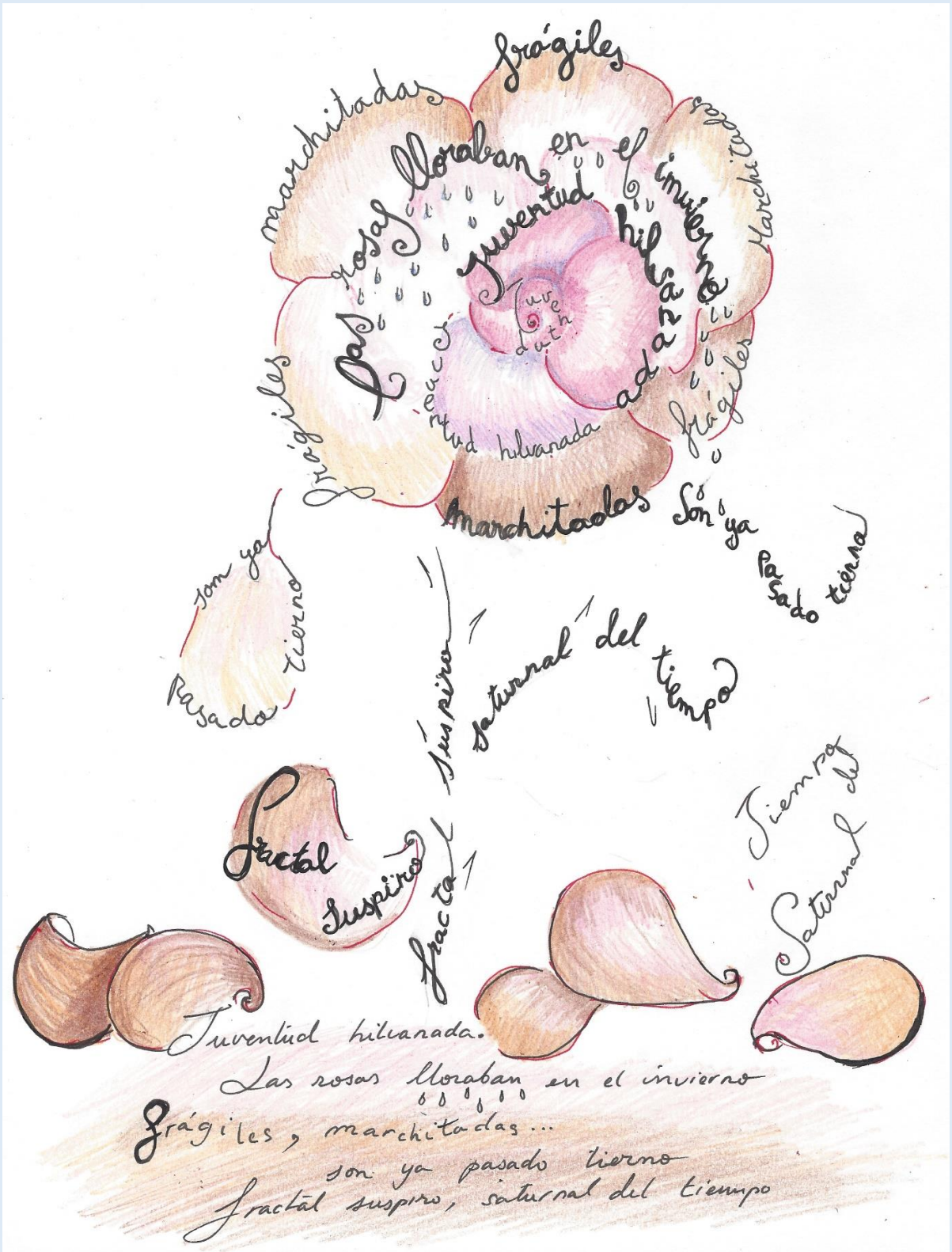
Le enterraron de noche en el tomillo.
Una vida, un sueño permanente...
mudó, dejó de ser, sin darse cuenta,
y olvidado dejó el hedor del miedo.

Llegó el día, llegó una primavera:
entre escombros... los niños juegan libres.
Sol, risas, azahar, vuelo de aves.
La lavanda extinguió sus luces malvas,
extenuó su olor la madre selva,
cayendo en un silencio más sonoro
los ahogados en fosas y en cunetas.

Licántropo oneroso en la penumbra,
en tus dientes te llevas nuestros nombres...
dejando chorros de ceniza y humo.
Mudo el rastro vacío de mujeres
ahuecadas por sordas bayonetas,
disecadas sus flores, roto el vientre,
y un feto desangrado en la mirada:

amor sin alba, carmesí es el llanto.
Pronto la retama tapaná el recuerdo
y el lobo aireará su son de muerte.

EPÍLOGO



Isabel Flors Aparicio. Marzo de 2023